

BICENTENARIO DE LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL Y DEL RETIRO DEL GENERAL SAN MARTÍN DE SU VIDA PÚBLICA

Autor: García Caffi, Eduardo Emanuel

Correo Electrónico: presidencia@sanmartiniano.gob.ar

C.V.: Secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires (1993-1996). Director Ejecutivo de L.R.A. Radio Nacional (2007-2009). Coordinador de Institutos Nacionales dependientes de la Secretaría de Cultura de la Nación (2010-2014). Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano (2012-actualidad).

Resumen:

El presente año 2022 representa, para el calendario de las efemérides sanmartinianas, el año de dos bicentenarios de notoria trascendencia:

1. El de la Entrevista de Guayaquil en la que se reunieron José de San Martín (Libertador de la Argentina, Chile y Perú) y Simón Bolívar (Libertador de la Gran Colombia).
2. El del retiro del Padre de la Patria de su vida pública luego de treinta y un años de combates ininterrumpidos (que lo habían convertido en veterano de guerra de tres continentes) y diez años como pieza política clave del ajedrez emancipador.

El primero nos permite evocar la vida de un hombre que tuvo la elevada misión histórica de ejercer responsabilidades públicas, fundacionales y trascendentes. El segundo, la aspiración de ese hombre a vivir como si fuera un ciudadano más, con la satisfacción de haber cumplido con su deber, habiendo sacrificado su juventud por España, su adultez por su Patria y anhelando el ganado derecho de disfrutar de su vejez.

Este artículo contará con distintos apartados que tienen por intención brindar un mayor acercamiento a lo que fueron los objetivos sudamericanos y los valores universales que animaban al General San Martín, los antecedentes de Guayaquil durante la dominación realista española, las características del proceso revolucionario guayaquileño, la Entrevista de Guayaquil desarrollada en un momento crítico de la ejecución del Plan Continental de San Martín y las dificultades del último tramo de la Guerra de la Emancipación Sudamericana. Finalmente, también se analizará el retiro de nuestro Padre de la Patria de la vida pública.

Palabras claves: objetivos sudamericanos – valores universales – antecedentes de Guayaquil – retiro de la vida pública.

Los objetivos sudamericanos y los valores universales que animaban al Libertador

Jamás el General San Martín podría haber llegado al bronce y a ser objeto de homenajes por medio de numerosos monumentos y bustos existentes en distintos países del mundo de no

haber tenido un desempeño brillante como hombre de armas. A esto debemos sumar un accionar portentoso como actor político –entendida esta palabra en el sentido más noble del término, asociada con la vocación de servicio– ya que llegó a ejercer el poder ejecutivo en dos oportunidades: como Gobernador-Intendente de Cuyo y como Protector del Perú. Además, mostró interés en los valores más sagrados para los pueblos sudamericanos, la Independencia y la Libertad, sin desenvainar jamás su espada en guerras civiles y haciendo valer esto como una de sus convicciones más profundas.

El Libertador pensaba en clave sudamericana, pero enmarcada en valores que la trascendían: **la Guerra de la Independencia era el objetivo de medio continente y la lucha por la Libertad que la animaba tenía carácter universal**. Al tomar en consideración estas premisas, será inevitable concluir que **los ejércitos del General San Martín jamás iban a ser utilizados para conquistar, sino para liberar**. Las funciones de conducción militar y política que le tocaban ejercer eran concebidas por San Martín como **limitadas en el tiempo**: solamente perdurarían hasta que los objetivos buscados estuviesen, si no logrados por completo, al menos virtuosamente encaminados hacia el éxito ulterior.

Es imperioso, por consiguiente, **entender al Padre de la Patria Argentina dentro de estos ejes para abordar, con mayor claridad, el tema que es materia de este breve artículo**.

Antecedentes de Guayaquil durante la dominación realista

Me parece oportuno, en primer término, citar los antecedentes de la dependencia jurisdiccional de la ciudad de Guayaquil en el esquema de poderes que la corona española había establecido en esta región de Sudamérica.

La desembocadura del Guayas, con todas las islas que conforman el Estero Salado hasta Punta Mondragón, frente a la gran isla Puná, fue una región históricamente habitada por los aborígenes huanchuillcas. Guayaquil, donde el río Daule se une al Guayas, fue fundada por Sebastián del Benalcázar el 25 de junio de 1535. La presión de los aborígenes resultó infructuosa ante la obstinación de los conquistadores, pues Francisco de Zaera la refundó en 1536 y, al año siguiente –por tercera vez– la fundó, definitivamente, Francisco de Orellana, llamado el “caballero de las amazonas”.

Después de diversos cambios de fueros, que el gobierno real de España reglamentó para los dominios ultramarinos americanos mediante la “Recopilación de Indias”, el rey Carlos IV dispuso –el 7 de julio de 1803– anexar el gobierno de Guayaquil al virreinato del Perú. El precedente de esta decisión debe buscarse en la creación de la “Junta de Fortificaciones de América”, que procuraba una mayor integración territorial de los factores de poder político y militar de los virreinos.

Guayaquil se encontraba muy alejada de Bogotá, capital del virreinato de Santa Fe o Nueva Granada, al que este puerto pertenecía desde la Real Cédula de 1717 que impuso la subdivisión en audiencias de Nueva Granada, Panamá y Quito. El instrumento legal establecía: *“Ha resuelto el rey quede el gobierno de Guayaquil dependiente del virrey del Perú, y no del de Santa Fe”*, y fue confirmado por los proveídos remitidos por el Ministro de Ultramar, Miguel Cayetano Soler, al virrey del Perú y la contestación de este al marqués José Gabriel de Avilés, el 23 de enero de 1804.

La controversia sobre de quién dependía en forma total el importante puerto del Pacífico halla fundamento en la modificación que el monarca Fernando VII introdujo por Real Cédula del 23

de junio de 1819, ordenando que a la audiencia de Quito le tocara entender en todas las causas civiles y criminales del gobierno de Guayaquil, como en los asuntos de la hacienda. En el ramo militar, seguía permaneciendo sujeto al virreinato del Perú. Esta disposición justificó la presencia de tropas peruanas y alto peruanas –que correspondían al ejército real de Lima– con asiento permanente en Guayaquil, como los batallones del Arica, del Numancia o de los Granaderos de la Reserva.

La misma dicotomía jurisdiccional produciría, un año después, **los acontecimientos conexos con la declaración de la independencia de Guayaquil y su solicitud de protección militar al General San Martín, por entonces Protector del Perú, al considerarlo sucesor del poder realista en Lima tras la emancipación del país hermano.**

Revolución guayaquileña

El estallido revolucionario de Guayaquil no fue un hecho que pudiera calificarse como casual ni aislado. Debemos remitirnos al recuerdo de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, en las últimas décadas del siglo XVIII, para hallar al más sólido inspirador de los ideales de la libertad para el pueblo ecuatoriano. De origen humilde, hijo de un picapedrero cajamarqueño y de una mulata liberta quiteña, supo abrirse camino en la vida poniendo de manifiesto talentos y prodigiosas dotes. Por méritos y esfuerzos propios, tuvo una educación enciclopédica: fue médico epidemiólogo, jurista, educador, escritor, periodista (fundador de *“Primicias de Quito”*, en cuyas páginas estampó la idea política de emancipación para fundar gobiernos independientes, bajo la forma republicana y una praxis democrática en los antiguos “dominios de ultramar” de la corona española). Los ideales de Santa Cruz y Espejo germinaron en el espíritu de todos los patriotas posteriores, al amparo de nuevas situaciones políticas en España y de las ansias de libertad del pueblo ecuatoriano.

El 10 de agosto de 1809, el movimiento reformador unió, en la casa *El Sagrario*, de Manuela Cañizares, a patriotas de la talla de Manuel Rodríguez de Quiroga, Juan de Dios Morales, Juan Pablo Arenas, Juan Salinas, Pedro Montúfar y otros muchos que, el 2 de agosto de 1810, terminarían padeciendo prisión en las mazmorras del cuartel “Real de Lima” a los fines de acallar sus bríos emancipatorios. La orden de fusilamiento a todos los presos impartida por el capitán Galup y la matanza posterior contra los pobladores dejó, en el Carmen Bajo, a más de doscientos mártires de la libertad ecuatoriana.

Los movimientos de liberación se extendieron por toda América, del sur al norte. Si bien tuvieron una mejor organicidad, su fortuna fue diversa. En 1810, Buenos Aires dio su “grito de Mayo”, conformando una Primera Junta de Gobierno. Otra Junta se formó en Caracas. En México se produjo el “grito de Dolores”, de Miguel Hidalgo y Costilla. Todos ellos, en destacable simultaneidad, señalaban un destino inevitable para el poderío realista en sus dominios ultramarinos sudamericanos: el colapso del otrora ostentoso y vasto Imperio *“en el que no se ponía el sol”*.

Dos figuras colosales, de personalidades muy distintas, iban a conducir los esfuerzos militares de los patriotas sudamericanos: José de San Martín y Simón Bolívar. Ambos Libertadores cruzarían su camino en Guayaquil para definir el destino de una nueva revolución ecuatoriana, estallada en la ciudad el 9 de octubre de 1820.

Un factor de suma importancia en el despertar libertario de los guayaquileños, fue el de las osadas empresas corsarias de los almirantes Guillermo Brown (1816), Juan Illingworth (1819/1820) con su corbeta “Rosa de los Andes” y Tomás Cochrane (1819), al apresar a los buques realistas “Águila” y “Bergoña” en el golfo de Guayaquil.

A comienzos de octubre de 1820, llegaron a Guayaquil tres oficiales venezolanos del Batallón Numancia que se habían pasado al ejército del General San Martín en Chancay: el mayor Miguel Letamendi y los capitanes León de Febres Cordero y Luis Urdaneta. Sus ideales patrióticos en común muy pronto los unió a revolucionarios independentistas como José de Antepara, Lorenzo de Garacoia, Vicente Ramón Roca, Luis Fernando Vivero y Toledo, Isidro Viteri, Rafael Ximena y otros.

La situación de Guayaquil era difícil por el escaso apoyo popular a la insurrección y la fuerte guarnición militar que mantenía allí el virrey del Perú, según la disposición de la Real Cédula dictada el año anterior. El comerciante lucianés María Villamil facilitó cuantos fondos necesarios estuvieran a su alcance y su casa se convertiría en el centro de la conspiración. Letamendi conquistó las voluntades del marino Manuel Loro, propietario del "Kipper" y de la goleta "Alcance", y de Manuel Antonio Luzurraga, su piloto.

En la mañana del 9 de octubre de 1820, con el apoyo de oficiales patriotas del Regimiento Granaderos de la Reserva Guayaquileña, Febres de Cordero consiguió dominar el cuartel de artillería; al tiempo que Urdaneta, con otros veinticinco hombres del mismo Granaderos, redujeron el cuartel del Regimiento Daule, no sin antes ultimar a su comandante Joaquín Magallar y a algunos soldados españoles. Al proclamar su Independencia ese mismo día, se adueñó de Guayaquil un júbilo muy similar al vivido por Buenos Aires diez años antes.

Si bien no era cierto lo manifestado por José Joaquín de Olmedo (figura prominente de la Historia de Ecuador) y el Ayuntamiento a San Martín, en el sentido de que *"ni una gota de sangre había salpicado el estandarte de la libertad"*, desde ese momento la "Perla del Pacífico" se *"vio libre de los errores y padecimientos de que fueron causa y víctimas los patriotas de otros pueblos..."* Este acontecimiento fue importante pues, como sostiene el historiador Torrente, *"se trataba del único gran arsenal de la Mar del Sur"* y los mil quinientos hombres de su guarnición, ya plegados a la emancipación, malograron una inmensa porción de armas y pertrechos, dejando al descubierto un importante flanco para la defensa del virreinato. Otro historiador, García Cambia, agrega que *"se rompió toda esperanza de Pezuela para la comunicación directa entre Perú y Quito"*. Esta acción había resultado de una importancia decisiva, porque brindaba en simultáneo, tanto a San Martín como a Bolívar, una base de seguridad en las operaciones del norte.

La búsqueda de un jefe provisional del flamante pueblo liberado, concluyó con la aceptación de Olmedo, "el bardo de la Revolución", quedando Escobedo como jefe militar. Ambos promulgaron un bando que incluyó esta invocación: *"¡Guayaquileños!, el hermoso estandarte de la patria tremola hoy en todos los puntos de la plaza. Un orden sin ejemplo ha reinado en la mutación de gobierno, y ningún crimen ha manchado el alma generosa de los hijos de la Libertad... ¡Orden, unión, amor fraternal! Sostenedla firmes y cerrad la entrada a todas las sugerencias de cobardía."*

Las flamantes autoridades revolucionarias enviaron la goleta "Alcance" para comisionar ante Thomas Cochrane (Villamil) y José de San Martín (Letamendi), remitiendo hacia el Perú a las anteriores autoridades y a algunos notorios e influyentes realistas. Llegaron a Chancay el 4 de noviembre de 1820. Olmedo anunciaba a San Martín... *"nuestros puertos, como nuestros brazos, están para nuestros hermanos y amigos, que deben ayudarnos a mantener nuestra revolución..."*.

San Martín despachó a Guayaquil a los coroneles Toribio de Luzuriaga y Tomás Guido. Los diplomáticos argentinos fueron recibidos con entusiasmo por la Junta y sociedad guayaquileñas. Perú, de esta manera, se convirtió en la esperanza de los nuevos emancipados. El talento de Guido concibió un memorable Pacto de Protección y Mutuo Auxilio, el 30 de diciembre, dando a Guayaquil un gobierno independiente bajo la protección del Ejército Libertador del Perú, quedando a su voluntad por la anexión que más le conviniera.

Con el correr del tiempo, una mayor influencia bolivariana se fue adueñando del proceso decisorio de la Junta guayaquileña, como consecuencia de la acción del general José Mieres, de Antonio José de Sucre y del mismo Simón Bolívar; lo que dejó el camino expedito para que la misma solicitara su anexión a la Gran Colombia.

Las circunstancias del armisticio de Trujillo de Venezuela, pactado el 21 de noviembre de 1821, por Aymerich –el jefe del ejército español en Nueva Granada– y Bolívar, indujo a los comisionados de ambas partes –Moles y Morales por los realistas y Mieres, por los patriotas– a involucrar a Guayaquil en la solución total. Bolívar envió al escenario ecuatoriano a Sucre quien, con el posterior triunfo de Pichincha, logró afianzar la hegemonía bolivariana en el Ecuador, incluyendo a Guayaquil. Al disolverse la Junta de Gobierno y Olmedo, antes de partir al Perú –en voluntaria expatriación– se dirigió a Bolívar para expresar su dolor ante la situación vivida. Ya instalado en el Perú, Olmedo participó como representante de Puno, en el Congreso que el Protector San Martín convocó en septiembre de 1822. Producido el retiro del Protector, Olmedo y Sánchez Carrión solicitarían a Bolívar la intervención con su ejército para la aniquilar en forma definitiva los remanentes de las fuerzas realistas en el Perú.

La revolución de Guayaquil y la inmediata anterior de Esmeraldas, el 5 de agosto de 1820, con el cura quiteño Ramón Estupiñán, fueron detonantes de la gloriosa sucesión de independencias novembrinas: Cuenca, Riobamba, Ambato, Alausi, Machachi, Loja y Latacunga.

En tierra ecuatoriana, exhibieron su bravura las tropas enviadas por San Martín, cubriéndose de gloria en Pichincha y Riobamba, como años después lo harían en las definitivas batallas de Junín y Ayacucho que pondrían fin definitivo a la Guerra de la Emancipación Sudamericana en diciembre de 1824.

La Entrevista de Guayaquil, el Plan Continental de San Martín y las dificultades del último tramo de la Guerra de la Emancipación Sudamericana.

La Entrevista de Guayaquil del 26 y 27 de julio de 1822 es un hito que puede ser considerado como la primera reunión de jefes de Estado de la Historia de Sudamérica. Más allá de las controversias y las posiciones encontradas sobre este hecho histórico trascendente (en gran medida por la reserva y cripticismo por el que se vio rodeado), sabemos que San Martín y Bolívar no pudieron arribar a un acuerdo sobre la forma de concluir, cuanto antes, una guerra que ya llevaba más de una década, con elevados costos en vidas y recursos económicos. Ante esa imposibilidad de vehiculizar una solución consensuada, nuestro Libertador anunció su retiro de la vida pública (que no era sinónimo de adoptar una actitud desentendida de los asuntos que afligían a Sudamérica en sus complejidades actuales y potenciales).

Resulta oportuno y conveniente poner en marco y contexto este hecho acontecido hace dos centurias. Es fundamental que se recuerde que la conclusión de la Guerra de la Independencia Sudamericana era el objetivo definitivo y definitorio del Plan Continental de San Martín, al que podemos definir como una **acción estratégica** puesta al servicio de un **objetivo superior: salvaguardar la Independencia Argentina, obtener las de Chile y Perú, finalizar cuanto antes la guerra contra el absolutismo nostálgico de Fernando VII y garantizar la Emancipación Sudamericana, esto es, la libertad para medio continente.**

La Guerra de la Emancipación Sudamericana había puesto en crisis el paradigma del **poder absoluto** (forjado sobre la base de “hombres-súbditos” que obedecieran sin cuestionar), al entrar en puja con el del **poder limitado**. La piedra angular de esa guerra era la **lucha contra el absolutismo** y la firme convicción de que la **libertad individual** y la **felicidad de los pueblos** sólo serían posibles mediante procedimientos soberanos que concluyeran en el establecimiento de monarquías constitucionales o repúblicas, con límites claramente establecidos para que no

podiesen verse conculcados los derechos esenciales del hombre-ciudadano amenazando sus vidas, libertades y propiedades. Esas dos concepciones eran diametralmente opuestas e imposibles de conciliar.

El **proceso independentista** se había iniciado en 1810. Tuvo avances, retrocesos y mutaciones: en él hubo gobiernos con poderes ejecutivos pluripersonales (Primera Junta, Junta Grande y Triunviratos) y unipersonales (Directorios Supremos) que ejercían sus funciones “a nombre de Fernando VII”; se sucedieron victorias y derrotas; la Asamblea de 1813 estableció nuestro propio Himno Nacional, símbolos patrios, moneda y decretó la libertad de vientres (los hijos de esclavos nacerían libres). El paso final que faltaba era el de formalizar la ruptura definitiva de nuestra condición de súbditos con el monarca español **y darnos a conocer al mundo como una nación independiente, lo que se hizo realidad el 9 de julio de 1816.**

Del referido Plan Continental de San Martín, sobre el que, excepto una carta dirigida a Nicolás Rodríguez Peña (de la que luego su autenticidad quedó en duda), no existe testimonio escrito. Empero, puede inferirse con claridad su existencia al comprobar cada uno de sus movimientos y documentación conexas originada en otros protagonistas de entonces y en él mismo:

1. Formar un Ejército en Cuyo y desplegar espías a lo largo de la Cordillera de los Andes a los efectos de obtener información de inteligencia propia y confundir al enemigo realista, llevando adelante una “Guerra de zapa”. Esto ocurrió entre 1814 y 1817.
2. Cruzar los Andes, liberar Chile y proclamar su independencia definitiva. Mientras tanto, Martín Miguel de Güemes y sus gauchos hostigarían a las fuerzas realistas en el que fuera teatro de operaciones natural del Ejército del Norte: el Alto Perú. Esto ocurrió entre 1817 y 1818.
3. En una operación anfibia, desembarcar en Perú con el objeto de ocupar Lima, destruyendo allí el foco del poder militar realista, liberar al país y declararlo independiente. Esto ocurrió entre 1818 y 1821.
4. La parte del Plan que **no se pudo cumplir**: el Ejército del Norte confluiría desde el Alto Perú, en maniobra de pinzas sobre Lima, en auxilio del Ejército Libertador comandando por San Martín. La razón: en 1820 imperaba la anarquía en las Provincias Unidas del Río de la Plata, por lo tanto no había ejércitos operativos que siguieran órdenes precisas para concurrir en auxilio del Ejército Libertador. San Martín, incluso, vio desaparecer las autoridades que le habían conferido el mando y pudo continuar con su comandancia tras el respaldo brindado por sus subordinados a través del Acta de Rancagua. Este punto debe ser tenido especialmente en cuenta para comprender por qué San Martín necesitaba del auxilio militar de Bolívar para concluir con la guerra al no poder disponer de las fuerzas del Ejército del Norte (que poco tiempo antes había sido comandado por su gran amigo Manuel Belgrano y por él mismo).

Suscripta el Acta de Rancagua, con el respaldo del flamante gobierno independiente de Chile, comenzaron los preparativos de la Expedición Libertadora al Perú, esto es, el tercer punto del Plan Continental. En términos numéricos, se trataba de una fuerza de aproximadamente cuatro mil quinientos efectivos. San Martín era consciente de que la batalla principal residía en el dominio del mar, algo que había aprendido en los teatros navales europeos en los que había participado. Si se lograba este objetivo, la libertad del Perú, su futura independencia y asunción de su destino soberano estarían más cercanos. Con gran esfuerzo, San Martín pudo organizar la escuadra que en 1820 desembarcaría en las costas de los antiguos dominios incaicos.

Si bien el Libertador anhelaba terminar con la guerra, ya pensaba en la paz y en los símbolos identitarios de otra *“nueva y gloriosa nación”*: así, el Perú, del que él sería Protector y Fundador de su Libertad, tendría una bandera, un Himno Nacional, una administración soberana de sus recursos, moneda propia, relaciones diplomáticas con otros países y una Biblioteca Pública para que el conocimiento terminara por derrumbar *“la columna central del despotismo”*, esto es, la ignorancia. Una ignorancia que podía servir para convertir a cada persona en un súbdito de un territorio ocupado, pero no en ciudadano independiente de un país libre. Su misión era lograr que los sectores sociales diversos que existían en la geografía peruana, se encolumnaran tras el nuevo destino independiente del país.

San Martín tenía un gran aprecio por la vida humana y la guerra era considerada por él como un último recurso. Él resaltaba que sólo en el campo de batalla los hombres eran sus enemigos circunstanciales; por eso era receptivo a negociar condiciones para arribar a una paz digna, siempre que no estuviese reñida con los principios rectores del proyecto emancipador. Un episodio como el de hacer rendir la fortaleza del Callao sin disparar un solo tiro evidencia esta convicción profunda de apego a la vida y nos hace recordar aquella enseñanza milenaria de Sun Tzu: *“El arte de la guerra es someter al enemigo sin luchar”*.

Guayaquil, como ha quedado dicho en el apartado de los sucesos revolucionarios de 1820, estaba inmersa en una lucha de facciones en la que Simón Bolívar tomó protagonismo a través de su intervención directa personal y la de sus colaboradores más estrechos. En junio de 1822, el Libertador de la Gran Colombia ingresó a la capital guayaquileña e impuso como gobernador a Antonio José de Sucre, hombre de su confianza que había recibido oportunamente ayuda militar de San Martín, cuando sus fuerzas se hallaban detenidas en Bomboná debido a la fuerte resistencia ofrecida por los habitantes de Pasto. Nuestro Libertador le había enviado mil cuatrocientos soldados y un regimiento de Granaderos a Caballo al mando de Juan Galo de Lavalle, que pasaría a la historia como *“el león de Riobamba”* a raíz del heroico valor manifestado en esa importante batalla decisiva para la Guerra de la Emancipación Sudamericana. Las fuerzas auxiliares de San Martín, unidas a las de Sucre, triunfaron también en Pichincha. Esta victoria militar, que se produjo gracias a la ayuda enviada por el Protector del Perú, devino en una paradoja: consolidó la posición militar y política de Simón Bolívar mientras el teatro de operaciones del Perú, con importantes focos realistas sobrevivientes en el interior del país, representaban una amenaza para hacer efectiva la Independencia en forma definitiva.

La derrota de las fuerzas del Ejército Liberador en la que fuera conocida como la batalla de Ica o de Macacona (7 de abril de 1822) derivó en una acción panfletaria en contra de San Martín que lo obligó a buscar ayuda militar para acelerar el fin de la guerra. El ejército realista se estaba robusteciendo y el Gobierno Protectorial necesitaba una ayuda que no le podían ofrecer ni Buenos Aires ni el gobierno chileno. En el interior del Perú, los realistas conservaban una fuerza de alrededor de quince mil hombres. Era para vencer a este último reducto de las antiguas fuerzas de dominación que San Martín necesitaba ser socorrido por Bolívar.

El Protector del Perú embarcó en el Callao y llegó a Guayaquil el 25 de julio de 1822. Bolívar, después de la victoria de Pichincha (obtenida por la ayuda de las fuerzas auxiliares que Sucre le había solicitado a San Martín) estaba viviendo un importante momento de victoria militar a la que se proponía darle proyección política.

El Libertador de la Argentina, Chile y Perú concurrió el 26 y 27 de julio de 1822 para entrevistarse con Simón Bolívar, Libertador de la Gran Colombia, en la que puede ser considerada como la primera reunión de jefes de Estado de la Historia de Sudamérica. El recibimiento inicial fue muy cordial. Bolívar se dirigió a San Martín diciéndole: *“Tengo el gusto de estrechar la mano a mi amigo. Permítame usted que lo llame así, que es el título mayor que puedo darle”*. A su vez,

San Martín respondió que encontrarse con Bolívar, al que calificó como “*el héroe del norte*”, representaba para él la mayor satisfacción.

San Martín le ofreció a Bolívar ponerse a sus órdenes y ser su segundo; pero el Libertador de la Gran Colombia manifestó no poder aceptar esa posibilidad y, ante el pedido de ayuda militar, aludió a limitaciones de carácter político e institucional para poder brindarla. Ante estos intentos infructuosos de entendimiento, nuestro Padre de la Patria le explicaría más tarde a su entrañable amigo Tomás Guido que no había lugar para él y su par de la Gran Colombia en América. Ambos tenían personalidades deslumbrantes, idéntica pasión por la Emancipación Sudamericana y los mismos objetivos; pero eran de caracteres muy diferentes, diametralmente opuestos. Es muy probable que no se hubieran entendido en el campo de las operaciones militares y no pudieran congeniar en las decisiones políticas en la hipótesis de que hubieren tenido la responsabilidad de actuar en conjunto. San Martín tenía una misión y un destino, que ya había cumplido. La culminación de la guerra debería quedar a cabo de quien, en ese momento, era el hombre fuerte de Sudamérica: Simón Bolívar.

El retiro de la vida pública

El Libertador de la Gran Colombia murió el 17 de diciembre de 1830 mucho antes que nuestro Padre de la Patria, cuyo tránsito a la gloria se iniciaría casi veinte años después, el 17 de agosto de 1850. Lejos de cualquier inferencia que permita concluir un eventual rencor de San Martín hacia Bolívar, su intimidad nos muestra un detalle diametralmente opuesto: nuestro Padre de la Patria lo reconoció generosamente, al punto de colocar un retrato litográfico del hombre con el que se había reunido en Guayaquil en su propio dormitorio, como puede apreciarse en la recreación del mismo que existe en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, que se hizo respetando fielmente el croquis elaborado por Josefa Balcarce, donante de todos los bienes de su ilustre abuelo y última descendiente de la familia.

San Martín, antes de retirarse, había cumplido con un último acto oficial: convocó en Lima el primer Congreso Constituyente el 28 de septiembre de 1822. El cuerpo colegiado de la flamante nación independiente lo reconoció con el título de “Fundador de la Libertad del Perú”. Esa misma noche, en el bergantín “Belgrano”, aquel soldado que había tenido su bautismo de fuego en el norte de África en un día lejano de 1791, se embarcó hacia Valparaíso, con la ilusión de ser un ciudadano privado, para “vivir en algún rincón como hombre” y “en clase de simple particular y no más.”.

Padre de la Patria, Libertador, Capitán General del Ejército de los Andes y Primer Soldado de la Libertad, San Martín tenía la plena convicción de que, una vez liberado el Perú, su carrera militar y su misión política e histórica, por ende, su vida pública, habrían concluido. Guayaquil lograría precipitar ese desenlace ineludible como “agente del destino”: allí “se venció a sí mismo” y, como hombre, ganó un lugar trascendente en la Historia y en el bronce. Un bronce que no debe hacernos olvidar que el Libertador era un ser humano que reunía, dentro de sí, dotes extraordinarias que convivían con una comprobada humildad, una ilimitada vocación de servicio y un amor profundo por la causa sudamericana.

BIBLIOGRAFÍA:

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO. (1989). San Martín. Un camino de Libertad. Manrique Zago, Buenos Aires.

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO. (2017). Documento institucional conmemorativo del Bicentenario del Cruce de los Andes

MITRE, Bartolomé. (1888). Historia de San Martín y la Independencia Argentina. Imprenta de La Nación. Buenos Aires.

OTERO, José Pacífico (1932). Historia del Libertador Don José de San Martín. Sopena. Buenos Aires.

YABEN, Jacinto R. (1978). Efemérides Sanmartinianas. Ediciones del Instituto Nacional Sanmartiniano. Buenos Aires.